

MUSICA DE BAILE



O no había tenido ocasión de poder enjuiciar hasta ahora a los "Beatles". Esas figuras que son como prototipos de nuestro tiempo me parecían, por tanto, una porción del progresismo en la que no me apetecía entrar. La imagen que de ellos tenía era la de unos muchachos convertidos en multimillonarios por razones extrañas al verdadero esfuerzo, máquinas de ganar dinero a costa de cierta dignidad personal. La verdad es que yo no veía de los "Beatles" más que sus pelambreras, los gritos de las señoritas que constituyen su aureola y una parte de su popularidad, y la sacudida que han organizado entre sus "fans", no precisamente tranquilizadora y consecuenta. En fin, los "Beatles" me parecían un residuo deplorable de la civilización llamada occidental, a veces no todo lo fina que debiera en sus veleidades, por exceso de confort y de buenos alimentos. Ese lujo armónico con guitarras eléctricas y alaridos no era de mi gusto.

Pero la verdad es que yo nunca había escuchado a los "Beatles" y ni siquiera los había visto retratados más que ocasionalmente, en algunas tapas de disco o en revistas ilustradas en la sala de espera del peluquero o del dentista. Eran seres absolutamente desconocidos para mí, salvo en el cartelón de su propaganda. Me faltaba un conocimiento más profundo o, por lo menos, más pausado. Y he aquí que hace unos días fui a ver una película que ellos interpretan. En sí misma, la película no tiene un valor sobresaliente; pero sí es reveladora de la personalidad y, sobre todo, del propósito de esos cuatro muchachos, sobre los cuales ha corrido tanta tinta impresa.

Imaginaba yo el hecho de llevar melena como una excentricidad de gentes que pretenden llamar la atención. Pero los "Beatles" se presentan tras ellas con unos rostros tan angelicales y con una sonrisa tan tímida y prudente, que resultaban a veces de una expresividad tan triste y melancólica, que ahora pienso que el llevar melena puede ser una forma como cualquier otra de ocultar la personalidad, en lugar de ponerla de relieve. La suma o adhesión de un plus capilar al cráneo bien puede ser una forma de ocultarlo. La pantalla me ha acercado lo suficiente a esos cuatro seres para que, bajo el aditamento capilar, vea ya sus ojos, su manera de ver y, por tanto, la posibilidad que ellos tienen de ser vistos.

Separados de su andamiaje y de su fachada, lo que hacen, dicen y cantan los "Beatles" no es más que una efusión romántica de suaves contornos. En realidad, su música es una música sin época, apenas insinuada y en seguida dicha. Yo creía incautamente que sus ritmos eran siempre excitantes y enardecedores. Nada de eso; se trata aquí de dulces canciones sosegadas, de tibias melopeas sentimentales. Lo que ocurre es que esa música no es casi nada, ni siquiera música. La dicción se repite a oleadas singulares y monótonas. Siempre recordamos el juicio que le merecía el tipo de música llamada de "tresillo" por los profesionales, a un amigo mío, excelente amante del "jazz" y juez implacable de los ritmos modernos. La música de "tresillo" es aquella que consiste en saltarse uno de los cuatro tiempos o ritmos por un sincope fraudulento. Consideraba ese amigo que la mayoría de las piezas que constituyen el repertorio del "jazz" que pudiera llamar clásico, el de Ellington y Porter, estaban escritas con la acepción melódica total y sin el brusco salto de uno de los ritmos que da un carácter facilón e insistente al modulado de la frase musical, aunque ésta sea la técnica con que también está escrito el "Claro de luna", de Beethoven. Pero, en este aspecto, la música de los "Beatles" es inconsistente, como la de un aprendiz o la de un aficionado. Entre ello y la guitarra eléctrica, que amplifica los matices y aporta un sonido húmedo y delirante a la pieza, los "Beatles" pueden ir tranquilos por el mundo y a las salas de fiestas a triunfar.

¿Tranquilos? Lo único desmesurado en el fenómeno que ellos constituyen es la reacción que producen por donde pasan entre las jovencitas, que son a la vez su secuela y su tortura; esas "fans" epilépticas que agitan los pañuelos, se abalanzan en busca de autógrafos, sollozan y se exasperan con irrazonable sufrimiento a su contorno. La verdad es que en la película de que hablamos se hallan tan distantes e inidizos como el coro en la tragedia, que no interviene en la acción pero que la subraya; quedan al fondo difuminadas y oscuras, fuerzas siniestras y agoreras de una realidad que las con-

mueve, pero que no comprenden. Sólo esas seguidoras implacables han constituido novedad para mí. Todo lo demás era mucho más rudo y febril en el "hot" Armstrong, que escuchábamos en los años treinta. La única novedad verdadera de los "Beatles" es que han soltado el alma errante de las jovencitas, que va perdida por el mundo sin saber todavía si reír o llorar.

La realidad es que lo que nos dicen los "Beatles" corresponde a una zona europea más próxima al "chansonier" tradicional de nuestros meridianos que al "jazz" de verdad, cuyo nacimiento e impulso fue típicamente americano. Casi nos atrevemos a afirmar que la esencia del "jazz" es lo único que se puede llamar esencialmente norteamericano, sin filiaciones ni aportaciones ajenas a un tipo de civilización que empezaba a cantar por su cuenta, partiendo de la nada, si no eran unos ritmos africanos ya diluidos y casi totalmente indefinibles en esa expansión general. Los "Beatles" no; en sus canciones más tenues y vocales hay reminiscencias muy directas de las canciones y melodías galesas y francas, en evolución ininterrumpida hasta una manera de decir de hoy.

Morian hace pocas semanas, con unas horas de diferencia, dos hombres americanos que pudieran ser considerados como el prototipo de los años veinte, que es cuando nació y se difundió el "jazz", por lo menos en lo que nosotros alcanzamos a recordar. Morian a la vez Hoover, el ex Presidente y Cole Porter. No sabemos por qué esa coincidencia en la muerte era para nosotros en aquellos instantes la concreción de muchas otras coincidencias. Le iba bien a la música de Cole Porter el ámbito de los clubs nocturnos entre las dos guerras; sus extraordinarias creaciones melódicas, como "Beguine to Beguine" o del "Night and Day", posteriores al mandato de Hoover, son, sin embargo, la definición acústica de una Norteamérica que aún no se ha planteado los graves problemas de la hora actual; de unos Estados Unidos que han olvidado las guerras y que no se han planteado todavía la ocasión de volar al espacio. Pocas obras musicales de tipo ligero serán para nosotros tan frecuentemente tarareadas y evocadas como las que salieron del mimen de ese hombre civilizado que era Cole Porter. Le iba bien un intimismo melódico, una simple locución, a la Norteamérica de las grandes comedias del cine, de Lubitsch y Vidor, postreras imágenes de un aislamiento próspero, con un fondo de "gangsters" de Chicago poniendo en la calle el contrapunto de los disparos como consecuencia de la abolición de la ley seca. La influencia de esta Norteamérica en el mundo ajeno a ella era extraordinaria. Los payeses de los entoldados de mi país hacían repetir a la orquesta los compases de la "Caravana" de Ellington como un homenaje intuitivo a ese compositor bastante intelectual, pero que llegaba a conmover todos los espíritus del mundo. Entonces existió una música típicamente, sustancialmente norteamericana, mientras existe hoy una suerte de discriminación también en esas melodías. Hoy se habla otra vez de la música "negra" con relación a un fenómeno que es producto de un país entero, que constituye una de sus glorias y definiciones.

una ventana para la guitarra

¿No estarán ya, sin embargo, los "Beatles" empezando el declive de su fama y de su audiencia? Los hados múltiples del sonido estereofónico, ¿no atentan acaso contra esa guitarra solitaria y eléctrica, que es sólo el punto de apoyo y acompañamiento de una canción vagabunda? La histeria de las "fans" no era debida a lo que los "Beatles" hacían y decían, que no es casi nada, sino a la cerrazón del ambiente en que se expresaban. Esos juglares debían, como a tales juglares, haber lanzado su canción en plena plaza pública, donde la contención emotiva la desparrama y se la lleva el aire. No era lo que ellos decían, ni el cómo lo decían, lo que trasgaba los demonios interiores de las jovencitas fantásticas; sino quizá los arabescos y las balaustradas de los teatros provinciales donde se realiza una función destinada al espacio abierto, bajo las ventanas, en la noche estrellada y en el silencio de los largos espacios. Pudiéramos considerar quizá que el éxito de los "Beatles" ha correspondido a un impulso, a una reacción intempestiva e impensada de claustrofobia juvenil. Dad a esas muchachas la brisa del campo y convertid a los "Beatles" en juglares y el resto será romanza y ley, poesía y verdad.

Escuchamos a Lou Bennet, el extraordinario intérprete de color, en una de sus interpretaciones con el órgano. Ahí, en esa música y en ese instrumento, está ya implícita toda la grandeza de las llanuras y del campo. Lo mismo ocurre con el sonido estereofónico de nuestros tocadiscos actuales. Dentro de la música cabe el contorno de toda la naturaleza. Abrid una ventana a la guitarra eléctrica y las jovencitas dejarán de chillar.